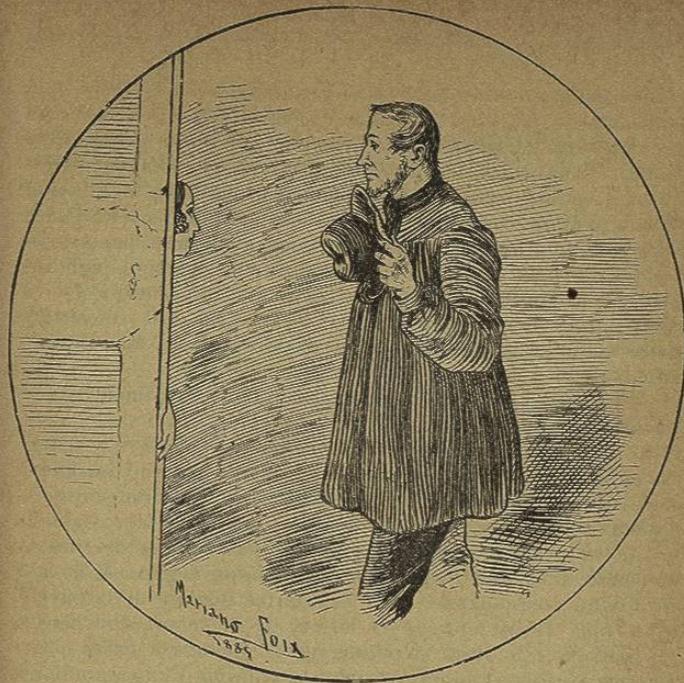


El agente se retiró al punto, sin añadir una palabra, bajó presuroso la escalera, y á los pocos segundos hallábase ya en el Patio del Corazón Sangriento, donde casi en seguida pudo observarse una gran agitación. El sombrío Pancks corría de un lado á otro escandalizando á los inquilinos que no podían pagar, pidiendo garantías, y amenazando con la expulsión y el embargo á los morosos; por todas partes reinaba la consternación que infundía la cólera del agente; sólo se oían excusas, quejas y recriminaciones; pero Pancks quería dinero contante y sonante. Dos horas después de marcharse Pancks, aun no se había calmado la agitación producida por su presencia en los inquilinos del Patio del Corazón Sangriento.

Aquella misma tarde, los vecinos formaron grupos, y todos estuvieron acordes en la opinión de que un caballero como el señor Casby no debía servirse de un agente tan cruel é inexorable como Pancks.

En la misma tarde y á la misma hora, el Patriarca, que había cruzado por el Patio del Corazón Sangriento antes de la agitación de que hemos hablado, decía á su agente:

—Mal día, señor Pancks, mal día; ¡creo que hubiera usted podido arreglarse mejor para traer mucho más dinero!



## CAPITULO XXIV

## La buena ventura

La niña Dórrit recibió la visita de Plornish en la propia tarde del día de que acabamos de hablar. El albañil deseaba decirle dos palabras en particular, según lo dió á entender hábilmente por medio de una serie de golpes de tos tan poco naturales, que para no fijar la atención en ellos era preciso que el decano, tratándose del trabajo de costura de su hija, confirmara el antiguo adagio que dice: «no hay peor sordo que el que no quiere oír.» Plornish obtuvo de este modo sin dificultad una audiencia en la escalera del piso paterno.

—Hoy ha venido á casa una señora—dijo Plornish á la niña Dórrit con malhumorado acento,—acompañada de una vieja bruja cual nunca he visto...

Plornish hizo una pausa como para alejar de sí el recuerdo de la tía del señor Finching, y añadió:

—Dispense usted, pues le aseguro que no es posible encontrar una vieja más avinagrada; pero á Dios gracias no se trata de ella. La otra dama es la hija del señor Casby y ha venido á casa para decirnos que si la señorita Dórrit quisiera pasar al punto indicado en estas señas, donde vive el señor Casby, tendría el gusto de darle trabajo. Según parece, es una antigua amiga del señor Clennam, lo cual me ha repetido diez veces, y espera ser útil á la protegida de su amigo (son sus propias palabras.) Como quería saber si la señorita Dórrit podría ir mañana por la mañana, le he dicho que yo vería á usted para preguntárselo y que pasaría á darle la contestación.

—Sí; puedo ir, muchas gracias; le quedo sumamente agradecida por su atención.

Al día siguiente, la niña Dórrit, después de confiar á Maggy la importante misión de vigilar el hogar paterno, dirigióse muy temprano hacia la morada de Casby. Encaminóse por el Puente colgante á pesar de los dos sueldos que costaba el pasaje, y avanzó despacio por esta primera parte del trayecto; pero á las ocho menos cinco minutos llegaba á la casa de Casby y empuñábase para alcanzar el aldabón de la puerta.

La niña Dórrit entregó la tarjeta de la señora Finching á la criada que le abrió la puerta, y fué invitada á pasar al salón para esperar un poco, pues la «señorita Flora» no había salido aún de su alcoba (Flora había vuelto á tomar su nombre de soltera desde su vuelta á la casa paterna.) Al entrar, la joven vió una mesa muy bien servida, con cubierto para dos, pero en una bandeja exhibíase otro para una tercera persona. La criada después de ausentarse un instante, volvió á decir que la señorita Flora rogaba á la niña Dórrit que tomara asiento junto á la chimenea, se quitara el sombrero y se arreglase á su gusto. Pero la joven, que era muy tímida y no estaba acostumbrada á buscar su comodidad cuando iba á trabajar, no osando utilizarse de esta recomendación, permaneció sentada junto á la puerta, con el sombrero puesto; y así la encontró Flora cuando llegó media hora después.

—¡Bondad divina!—exclamó al entrar,—siento muchísimo haberla hecho esperar tanto; pero ¿por qué se ha quedado usted aquí, tomando el frío? Yo esperaba encontrarla junto á la chimenea leyendo un diario. Esa muchacha es muy descuidada; debió decir á usted que se considerase como en su casa. ¿Por qué no se ha quitado usted el sombrero? Permítame hacerlo yo.

Y Flora, uniendo la acción á la palabra con la mejor voluntad, quedó tan admirada al contemplar las facciones de la joven, que no pudo menos de exclamar, cogiendo su cabeza entre las manos con expresión cariñosa:

—¡Qué rostro tan lindo, hija mía!

Estas palabras y el ademán que las acompañó fueron cosa de un instante, y apenas había tenido tiempo la niña Dórrit para significar su agradecimiento á la dama, cuando ya Flora la conducía hacia la mesa para dar nuevas pruebas de su locuacidad.

—No me consolaré nunca—dijo Flora,—de haberme retardado tanto, sobre todo esta mañana, pues me proponía estar dispuesta á recibir á usted apenas llegase, para decirle que una persona por quien Arturo Clennam se interesa tanto no podía menos de interesarme á mí, y que es usted mil veces bienvenida á esta casa. Si no le gusta á usted el pollo frío ó el jamón caliente, lo cual no sería imposible, porque hay muchos á quienes no agrada el jamón, sin contar los judíos, cuyos escrúpulos de conciencia deben respetarse, aunque yo siento que no tengan los mismos cuando venden lo falso por lo verdadero para robarnos; si no le gusta, repito, lo sentiría en el alma.

La niña Dórrit dió las gracias y contestó con timidez que su almuerzo se reducía generalmente á una taza de té con pan y manteca.

—¡Oh! no me diga usted esto, no quiero oírlo; usted viene aquí para ser tratada como amiga, si me permite esta libertad; me avergonzaría si procediese de otro modo; y por otra parte, Arturo Clennam me ha hablado de usted en términos... ¿Está usted cansada, amiga mía?

—No, señora.

—Vamos, ya pal'ce usted; sin duda está cansada por haber andado tanto antes de almorzar; tal vez vive muy lejos; debía usted haber venido en coche. ¡Dios mío! ¿qué podré darle que le sienta bien?

—Pero señora—repuso la niña Dórrit,—crea usted que no tengo nada; me encuentro muy bien, y le estoy infinitamente agradecida por su bondad.

—Pues entonces hágame el favor de tomar su té al punto, con esa pechuga de pollo y ese pedazo de jamón. No me espere usted á mí, porque yo soy quien lleva siempre esta bandeja á la tía del señor Finching, que almuerza en el lecho; es una anciana muy simpática é inteligente, y se parece mucho

al retrato del difunto Finching que está ahí detrás de la puerta, aunque tiene la frente demasiado ancha; esas columnas, el pavimento de mármol, las balaustradas y las montañas que ese cuadro representa, me parecen accesorios bastante inverosímiles, pues ya nunca ví á mi difunto rodeado de tales cosas, porque era tratante en vinos; aunque buen hombre, no era muy aficionado al paisaje.

La niña Dórrit dirigió una mirada al retrato sin comprender bien las alusiones de Flora al hablar de aquella obra maestra.

—El difunto Finching—continuó Flora,—me amaba tanto, que sólo era feliz á mi lado; y no sé cuanto tiempo hubiera durado esto si la parca fatal no hubiese cortado el hilo de su existencia tan pronto.

La niña Dórrit volvió á mirar el retrato: el artista le había pintado una cabeza que, bajo el punto de vista intelectual, habría sido bastante pesada para hacer doblar el cuello á Shakspeare.

—Sin duda le causará sorpresa—prosiguió Flora mientras arreglaba el almuerzo de la tía del señor Finching,—que mi difunto pidiese mi mano siete veces, la primera en un coche, la segunda en un barco, la tercera en una iglesia, la cuarta en ocasión de estar yo paseando montada en un borrico, y las otras veces de rodillas... la novela dejó de existir para mí desde que Arturo marchó; nuestros padres nos separaron cruelmente, dejándonos petrificados, la cruel realidad usurpó el trono de la joven poesía. El difunto Finching me acababa cada vez más... y al fin le dí mi palabra... Vamos, hija mía, almuerce usted bien mientras yo subo esta bandeja á la tía del señor Finching.

Flora se ausentó, dejando á la niña Dórrit adivinar como pudiese el sentido de aquel torrente de palabras; pero la dama no tardó en volver y comenzó también su almuerzo sin dejar de hablar un instante.

—Ya lo ve usted, amiga mía—dijo Flora llenando dos veces su cucharilla de un líquido cuyo color se parecía al del aguardiente de caña, para mezclarlo con el té—me veo precisada á cuidarme, obedeciendo las prescripciones de mi médico; esto no me gusta mucho, pero estoy tan débil desde que perdí la salud en mi juventud á fuerza de llorar en mi cuarto cuando me separaron de Arturo... ¿Hace mucho tiempo que le conoce usted?

Cuando la niña Dórrit hubo comprendido que se le dirigía

una pregunta, pues costábale mucho trabajo hacerse cargo de todas las palabras en la rápida elocuencia de su protectora, contestó que conocía al señor Clennam desde su vuelta á Londres.

—En efecto—repuso Flora,—no podía usted haberle conocido antes, á menos de haber estado en China ó de mantener correspondencia con él; pero no es probable, porque todos los viajeros vuelven con un color semejante al de la caoba y usted lo tiene blanco. En cuanto á tener correspondencia, ¿para qué se habrían de escribir ustedes, como no fuera para enviarle té? De modo que le ha conocido usted en casa de su madre... la señora Clennam... Es una mujer muy sensata y enérgica, pero de un carácter sumamente duro... debía haber nacido para ser la mamá del hombre de la máscara de hierro.

—Sin embargo—replicó la niña Dórrit,—la señora Clennam ha sido muy buena para mí.

—¿De veras? Me alegro mucho de saberlo, pues naturalmente deseo tener mejor opinión de la madre de Arturo, aunque yo ignore lo que ella piense de mí. Cuando comienza á charlar como una cotorra, me mira con los ojos muy abiertos, y entonces parece la estatua del Destino sentada en un sillón con ruedas... Siento mucho haber dicho esto, porque al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de ser paralítica.

—¿Dónde encontraré mi trabajo, señora?—preguntó la niña Dórrit dirigiendo á su alrededor una tímida mirada.

—¡Qué laboriosa es usted!—exclamó Flora bebiendo otra taza de té con algunas cucharadas del estimulante prescrito por su médico;—no hay prisa ninguna; vale más que comencemos por confiarnos todo cuanto se refiere á nuestro común amigo... (la palabra amigo es muy fría... pero no, es por el contrario muy conveniente;) no hemos de permanecer impasibles (no lo digo por usted, sino por mí,) como aquel muchacho de Esparta que se dejaba comer el corazón por un zorro. Dispénsame usted por evocar este recuerdo clásico; pero es porque de todos los chicos fastidiosos que se meten por todas partes, ese es el más cargante.

La niña Dórrit se puso muy pálida y volvió á sentarse para oír la confidencia de Flora, diciendo al mismo tiempo:

—¿No sería mejor que trabajase al mismo tiempo? Eso no me impediría oír y yo estaría más satisfecha si usted lo permite.

Era tan fácil ver que la joven no se hallaba á su gusto sin

el trabajo, que Flora fué á buscar un cesto lleno de pañuelos blancos. La niña Dórrit lo colocó á su lado con aire de satisfacción, sacó del bolsillo su alfilerero, enhebró su aguja y comenzó á coser.

—¡Qué dedos tan ágiles!—exclamó Flora.—¿Está usted segura de no hallarse enferma?

—Muy segura.

Flora se acomodó bien delante de la chimenea, y después de contemplar algún tiempo las serenas facciones de la pequeña costurera, reanudó la conversación.

—Debo comenzar por confesar á usted—dijo,—aunque es probable que ya lo sepa por mis alusiones anteriores, y porque conozco que lo llevo escrito en la frente con caracteres de fuego, que antes de ser presentada yo al señor Finching, era la prometida del señor Clennam. Yo le llamo señor Clennam en público, por respeto á las conveniencias sociales, pero aquí podemos llamarle Arturo... En otro tiempo los dos no éramos más que uno; nos hallábamos en la primavera de nuestras existencias; todo era alegría, felicidad, y otras muchas cosas buenas... cuando se nos impuso la separación; entonces quedamos como petrificados, y por eso Arturo marchó á la China y yo dí mi mano al señor Finching, mi difunto esposo.

Flora pronunciaba las palabras en voz baja, pareciendo complacerse en hacer semejante declaración.

—Corramos un velo sobre ese período de mi existencia, que ha pasado para mí como un sueño—prosiguió Flora:—me limitaré á decir que mi difunto y yo hicimos un viaje de recreo á Calais, y que algún tiempo después de haber vuelto á Londres, un acceso de gota le arrebató de este mundo. Venero la memoria del difunto Finching, porque era un hombre muy apreciable y muy buen esposo, que acogía mis menores deseos como órdenes, y que me proporcionó el bienestar en cuanto le fué posible. Yo resolví volver á la casa paterna, donde he vivido algunos años, si no feliz, por lo menos tranquila, hasta el día en que papá entró en mi cuarto con su aire benévolo para decirme que Arturo Clennam me esperaba en el salón. No me pregunte usted lo que experimenté al verle... bástele saber que le hallé joven, y siempre el mismo.

El misterio de que Flora se rodeó en esta parte de su narración, hubiera podido detener otros dedos menos ágiles que los de la costurera que estaba á su lado; pero la niña

Dórrit no interrumpió su tarea, ni tampoco levantó un instante la cabeza.

—No me pregunte usted—continuó Flora,—si le amo aún ó si soy amada todavía, ni cómo ni cuándo acabará todo esto; muchas miradas están fijadas en nosotros, y tal vez cada cual de nosotros esté destinado á languidecer, sin que jamás nos una el lazo conyugal. Ni una palabra, ni un ademán, ni una mirada debe hacernos traición; es preciso que permanezcamos mudos como la tumba, y por lo tanto no extrañe usted verme tratar á Arturo con cierta frialdad, como él lo hará conmigo. Razones fatales nos obligan á d'smular; basta que nos comprendamos. ¡Silencio!

Flora dijo todo esto con tal volubilidad y tal acento de convicción, que nadie hubiera pensado en poner en duda sus palabras.

—¡Silencio!—repitió,—ahora ya lo sabe usted todo, y no hay secreto entre nosotras. Por el amor de Arturo quiero ser siempre una amiga para usted, hija mía, y desde luego puede contar conmigo.

La niña Dórrit dejó su costura á un lado y levantóse para besar la mano de Flora.

—Tiene usted mucho frío—dijo ésta, con aquel acento de bondad natural que era en ella lo más apreciable;—no trabaje usted más hoy... seguramente está indispuesta... me parece que tiene usted la salud algo delicada.

—Esto pasará muy pronto; sólo estoy un poco conmovida por su bondad y la del señor Clennam al recomendarme á una señora á quien ama hace tanto tiempo.

—En cuanto á esto, hija mía—repuso Flora, siempre dispuesta á ser sincera cuando podía reflexionar un momento,—dejemos el amor de Arturo á un lado por ahora, porque en resumidas cuentas, yo no juraría nada. De todas maneras, lo más importante es que descanse usted un poco en el sofá.

—Siempre he sido bastante fuerte para hacer lo que me proponía—replicó la niña Dórrit con una ligera sonrisa;—el agradecimiento es lo único que me ha producido cierta agitación, y si me permitiera usted sentarme junto á la ventana, esto pasaría muy pronto.

Flora abrió al punto la que estaba más cerca, hizo sentar á la joven en el sofá inmediato, y retiróse discretamente hacia la chimenea. La brisa que refrescó á la niña Dórrit hizole recobrar su animación en breve, y á los pocos minutos volvió á sentarse junto al cesto de pañuelos para continuar su trabajo.

Después de haber cosido un rato, la joven preguntó tranquilamente á Flora si el señor Clennam le había dicho dónde habitaba; y cuando su protectora hubo contestado negativamente, la joven repuso que comprendía la delicadeza de Arturo, y que estaba convencida de que éste no la aprobaría cuando supiera que había confiado su secreto á Flora, como deseaba hacerlo, si ésta lo permitía. Habiéndosele contestado afirmativamente, la joven reseñó á grandes rasgos su historia, hablando muy poco de sí misma, pero sin escasear los elogios para su padre. Flora escuchó el relato con cariñoso interés, que armonizaba con el candor de la joven.

A la hora de comer, Flora cogió del brazo á su protegida y la presentó al Patriarca y á Pancks, que esperaban en el comedor, dispuestos á comenzar. La tía del señor Finching seguía guardando cama y era menester servirla en su cuarto. Casby y su agente recibieron á la niña Dórrit cada cual á su manera: el Patriarca pensó sin duda hacerle un gran favor al decirle que se alegraba mucho de verla; el señor Pancks saludó, produciendo un ligero ronquido.

En tal estado de cosas, y hallándose ante personas extrañas, la niña Dórrit no podía menos de manifestar mucha timidez, sobre todo cuando Flora la obligó á tomar un vaso de vino y á comer de los mejores platos; pero su confusión creció de punto al observar el proceder de Pancks. La conducta del agente le hizo creer al principio que era algún retratista, á juzgar por lo mucho que la miraba, consultando á menudo los apuntes de la cartera que tenía á su lado; pero al ver que no dibujaba nada y que sólo hablaba de negocios, comenzó á creer que sería algún acreedor de su padre, cuyo crédito estaría inscrito en la cartera. Bajo este punto de vista, los ronquidos de Pancks podían indicar su cólera y su impaciencia para realizar el cobro.

Pero Pancks se encargó muy pronto de desvanecer las sospechas de la joven por la conducta que observó después, tan anormal como extraordinaria. Hacía media hora que la niña Dórrit se había sentado á coser; Flora acababa de entrar en una habitación contigua, de donde salió en breve cierto olor alcohólico; y el Patriarca, cubierta la cabeza con un pañuelo amarillo, habíase entregado al sueño en el mismo comedor: este momento de calma fué el que Pancks eligió para presentarse silenciosamente á la niña Dórrit, á quien saludó con la mayor cortesía.

—Debe parecerle á usted el tiempo un poco largo, señorita Dórrit—dijo en voz baja.

—No, señor—contestó la joven,—nada de eso.

—Veo que está usted muy ocupada—repuso el agente adelantándose un poco.—¿Qué trabajo tiene usted, señorita Dórrit?

—Sólo unos pañuelos.

—¡Pañuelos!—repitió Pancks;—nunca lo hubiera creído. Usted se preguntará sin duda, señorita, quién soy yo; y por si acaso desea saberlo, le confesaré de una vez que soy uno de esos que dicen la buena ventura.

La niña Dórrit comenzó á creer que su interlocutor estaba loco.

—Pertenezco en cuerpo y alma á mi propietario—continuó Pancks,—ese caballero anciano que ha visto usted en el comedor; pero también hago otros pequeños negocios por mi cuenta y muy secretamente, señorita Dórrit.

La joven miró al agente con cierta expresión de temor.

—Me complacería mucho ver á usted la palma de la mano,—dijo Pancks,—sólo para dirigir una ojeada, pero no me atrevo á pedirle este favor, por temor de molestarla.

La niña Dórrit pensó que Pancks la molestaba en efecto, pues hubiera preferido no tenerle delante; pero sin decir palabra, colocó su costura sobre las rodillas y tendió la mano izquierda sin quitarse el dedal.

—Largos años de trabajo—dijo Pancks, mirando atentamente la mano, y tocándola con su índice algo seco;—pero ¿para qué hemos nacido sino para trabajar? Para nada. ¡Pero qué veo en estas líneas! ¡Una prisión! ¿Y quién es aquel otro que lleva un clarinete debajo del brazo? ¡Un tío! ¿Y quién aquella joven que calza unos zapatitos de seda blancos? ¡Una hermana! ¿Y quién aquel que se pasea ocioso de una parte á otra? ¡Un hermano! ¿Y quién aquella que cuida de todos? Es usted, señorita Dórrit.

La joven no pudo menos de fijar una mirada de asombro en su interlocutor, y entonces parecióle que Pancks, á pesar de sus ojos penetrantes tenía una expresión más benigna de lo que le pareció en la mesa; mas no tuvo tiempo de confirmar ó rectificar esta nueva impresión, pues Pancks había vuelto á estudiar la mano.

—A fe mía—murmuró el agente, indicando con el pulgar una línea profética,—consiento en que me ahorquen si no

soy yo quien está representado en aquel ángulo. ¿Qué papel hago yo aquí? ¿Cuál es mi misión? ¿Qué hay detrás de mí?

Pancks corrió lentamente su dedo hasta la muñeca, después alrededor de ésta, y aparentó buscar en el dorso de la mano la contestación á su última pregunta.

—¿Será algo malo?—preguntó la niña Dórrit sonriendo.

—Nada de eso—replicó Pancks.—¿Qué valor le parece á usted que puede tener?

—Yo soy quien podría preguntar á usted eso—repuso la joven,—pues no entiendo nada en lo de la buena ventura.

—Es cierto. ¿Cuánto valdrá? Vivir para ver, señorita Dórrit.

Dejando la mano poco á poco, Pancks introdujo los secos dedos de la suya entre los mechones de su áspero cabello y repitió lentamente:

—Recuerde usted lo que le digo, señorita Dórrit: «vivir para ver.»

La niña Dórrit no pudo menos de manifestar á Pancks su asombro por lo bien informado que estaba de todo cuanto á ella se refería.

—Figúrese usted que no he dicho nada—repuso el agente;—lo que usted debe hacer es no hablarme delante de nadie, y hasta aparentar que no me conoce. ¿Quedamos convenidos en esto, señorita Dórrit?

—Apenas sé que contestarle—replicó la joven, sorprendida en el más alto grado.—¿Por qué me pide usted eso?

—Porque soy Pancks el bohemio, el que dice la buena ventura. Aún no sabe usted, señorita Dórrit, lo que yo he visto en esa pequeña mano; solamente le he dicho: «vivir para ver.» ¡Vaya! ¿quedamos convenidos?

—Todo se reduce á no aparentar que me conoce cuando nos encontremos fuera de esta casa, ni fijar tampoco su atención en mis idas y venidas. Esto es cosa muy fácil, y no perderá usted mucho en no mirarme, porque no tengo nada de guapo ni de agradable en sociedad, y sólo soy el *factotum* de mi propietario. Usted debe limitarse á pensar que soy Pancks el bohemio, el que dice la buena ventura... y que algún día le dirá el fin de la suya... «Vivir para ver...» ¿Quedamos convenidos, señorita Dórrit?

—Sí—balbuceó la joven, que comenzaba á turbarse;—consiento en ello, siempre que no sea para hacer algún daño.

—¡Bah!—murmuró Pancks,—no hablemos de eso.

E inclinándose hacia la costurera, díjole al oído, dirigiendo una mirada á la puerta de la habitación contigua:

—Es una buena mujer, que no deja de tener apreciables cualidades, pero peca de irreflexiva y de habladora.

Al decir esto, Pancks se restregó las manos y alejóse, muy satisfecho al parecer de su entrevista con la costurera.

Si la niña Dórrit se preocupó mucho al observar la conducta de su nuevo amigo después de aceptar semejante compromiso, las circunstancias que siguieron no debían ser las más propias para desvanecer sus dudas. Cuando la joven iba á casa del señor Casby, Pancks no se contentó ya con dirigirle miradas significativas, sino que comenzó á intervenir en su vida cotidiana, ó más bien á espiar sus actos. La niña Dórrit le encontraba siempre en la calle; y se iba á casa de la señora Clennam, el agente no dejaba de encontrar un pretexto para ir también. Apenas transcurrida una semana, la joven encontró un día á Pancks, con no poco asombro suyo, hablando con el carcelero de servicio en la misma portería, y al parecer con cierta intimidad; pero su sorpresa creció de punto cuando al día siguiente le dijeron que Pancks había figurado el domingo anterior entre los visitantes del decano, y que se le vió pasear con un preso, así como entrar en el café de la prisión, donde espetó un discurso á los concurrentes diarios, convidándolos después á una veintena de litros de cerveza. El efecto que produjeron en Plornish algunos de estos fenómenos, presenciados por él mismo, impresionó también mucho á la niña Dórrit; Plornish había enmudecido de sorpresa, y cuando más, murmuraba que ningún inquilino del Corazón Sangriento creería á Pancks capaz de semejante cosa. El agente de Casby puso el colmo al asombro que ocasionaba su misteriosa conducta, trabando conocimiento con Tip, á quien vieron un día entrar en el patio de la prisión cogido del brazo de Pancks. Sin embargo, el agente no parecía fijar su atención en la niña Dórrit, y sólo dos ó tres veces, al pasar junto á ella, sin que nadie le oyera, murmuró, fijando en ella una mirada amistosa: «Pancks el bohemio dice la buena ventura.»

En cuanto á la joven costurera, aunque muy asombrada de todo esto, guardaba su sorpresa para sí, como había guardado antes sentimientos más dolorosos. En la niña Dórrit se efectuaba un cambio; cada día era más reservada; salir de la prisión y entrar sin que nadie la viera, mantenerse olvidada de todos eran sus más vehementes deseos.

La joven no parecía feliz sino cuando podía retirarse á su

habitación, donde solía sentarse junto á la ventana, entregándose á sus reflexiones; entonces sus miradas se fijaban en aquellas puntas de hierro que coronaban el muro, y en la sólida verja, que á veces veía sólo á través de sus lágrimas; pero risueña ó triste, este era su único pasatiempo; sólo veía el mundo á través de aquellos hierros inexorables.

Su cuarto era una especie de buhardilla, de mísero aspecto, pero muy limpia y aireada; la joven se había encariñado con su habitación, y su mayor recreo era estar allí sola, entregada á sus pensamientos. Tanto es así, que cierto día, después de haber comenzado Pancks con sus misterios, al oír los pasos de Maggy en la escalera, temió que enviaran á buscarla; sus mejillas palidieron y tembló al ver á Maggy abrir la puerta.

—Será preciso bajar á darle los buenos días—dijo la buena mujer;—hace ya rato que ha venido.

—¿De quién hablas, Maggy?

—¿De quién ha de ser, sino del señor Clennam? Está en la habitación del padre, y me ha dicho que tuviera la bondad de subir á decir á usted que ha llegado.

—No me siento muy bien, Maggy; mejor sería quedarme en mi cuarto; voy á descansar un rato, porque me duele la cabeza. Darás al señor Clennam expresiones de mi parte, diciéndole que á no ser por esto habría bajado.

—Sí, sí; pero no está bien que vuelva usted así la cabeza para hablarme, madrecita.

Maggy era muy sensible á los desaires, y no poco ingeniosa para imaginarlos.

—He aquí que ahora se oculta usted el rostro con las manos—prosiguió Maggy;—si no puede sufrir que la mire una pobre muchacha como yo, más vale decirlo de una vez, en lugar de taparse la cara de ese modo, entristeciendo el corazón de una pobre chica de diez años.

—Es que me duele la cabeza, Maggy.

—Pues bien, si llora usted para aliviarse la cabeza, madrecita, permítame llorar también, pues no es justo que lo haga sola; lo mismo se deben compartir las lágrimas que otra cosa cualquiera cuando no somos egoístas.

Y sin esperar el permiso, Maggy comenzó á llorar de la mejor gana.

No le costó poco á la niña Dorrit inducir á su amiga á que bajase para excusarla con el señor Clennam, y fué necesario que le prometiera referirle un cuento, á los cuales era muy aficionada, para acabar de convencerla. La niña Dorrit en-

cargó á Maggy que volviese dentro de una hora, advirtiéndole que si desempeñaba bien su comisión, quedaría contenta de la recompensa. La pobre mujer se retiró al punto y alejose repitiendo las palabras que debía decir, para no olvidar ninguna.

Transcurrido el tiempo indicado, Maggy volvió al cuarto de la niña Dorrit, diciéndole al entrar:

—No está poco incomodado; quería enviarme á buscar un médico, y ha dicho que volverá mañana; creo que no dormirá bien esta noche, á causa del dolor de cabeza de usted. ¿Ha llorado más la madrecita?

—Un poco, Maggy.

—¿Sólo un poco?

—Sí; pero ahora ya no tengo nada; se me ha pasado casi el dolor de cabeza y me siento mucho mejor. Me alegro de no haber bajado.

Maggy abrazó cariñosamente á la niña Dorrit, alisó después su cabello, roció con agua fresca la frente y los ojos de la joven; y, por último, reuniendo sus esfuerzos, arrastró un cofre hasta cerca de la ventana, como hacía siempre cuando se trataba de oír un cuento y dijo á la joven:

—Vamos, madrecita, que sea interesante.

—¿Sobre qué asunto, Maggy?

—¡Oh! quisiera que hubiese una princesa, como usted sabe, rica, hermosa y buena.

La niña Dorrit reflexionó un momento, y sonriendo después melancólicamente, comenzó así:

—Una vez era un rey que poseía todo cuanto pudiera desear, y aun mucho más; tenía oro, plata, brillantes, riquezas de toda especie, palacios y...

—Hospitales—interrumpió Maggy,—póngale usted hospitales, madrecita, porque en ellos se está muy bien.

—También los tenía—contestó la joven.

—¡Muy bien!—repuso Maggy;—veo que era un rey famoso.

—Continúo: este monarca tenía una hija joven, la más bella y sabia princesa que se pudiera encontrar; cuando era niña, aprendía sus lecciones antes que ninguna otra, sin que sus maestros necesitaran enseñarla; y cuando fué mujer consideróla como la maravilla del mundo. Ahora bien, cerca del palacio habitado por esta princesa había una cabaña donde vivía una pobre mujercita...

—¿Era vieja?—preguntó Maggy.

—No—contestó la niña Dórrit,—era por el contrario muy joven.

—¿Y no temía estar sola? Eso sí que me extraña, madre-cita.

—La princesa pasaba d'ariamente por delante de la cabaña y veía á la mujercita hilando, cruzándose siempre una mirada entre las dos, hasta que una tarde la princesa mandó á su cochero hacer alto delante de la cabaña; apeóse y se adelantó para examinar aquella vivienda; mientras que la mujercita seguía hilando y mirándola. Esta princesa era tan maravillosa, que adivinaba todos los secretos, y por eso dijo á la mujercita: «¿Por qué guardas tan oculta aquella imagen?» Entonces la mujercita, comprendiendo que la princesa había descubierto por qué vivía sola, hilando desde la mañana hasta la tarde, arrodillóse á sus pies y le suplicó que no revelase su secreto. «No lo revelaré—contestó la princesa,—pero deseo ver lo que ocultas á todo el mundo.» Entonces la mujercita cerró las ventanas y la puerta de su cabaña, y en el sitio más recóndito y secreto de su vivienda enseñó á la princesa una «sombra.»

—¡Dios mío!—exclamó Maggy.

—Era la sombra de alguno que había pasado por allí hacía mucho tiempo, y que después marchó á un remoto país para no volver más. La princesa miró un momento á la mujercita y preguntóle después: «¿Por qué guardas con tanto empeño esa sombra?»—«Porque desde que habito aquí no ha pasado nunca por este sitio una persona tan buena y tan bondadosa; á nadie hago daño guardando esa sombra, porque *aquel* á quien pertenece ha ido á reunirse con la dama que le esperaba...»

—¡*Aquel!*—repitió Maggy;—entonces sería un hombre.

La niña Dórrit contestó tímidamente que lo suponía, y continuó su historia:

—La princesa dijo entonces á la mujercita: «Muy bien; pero cuando tú mueras, hija mía, se descubrirá que guardabas la sombra.» «Nada de eso—contestó la mujercita,—porque, llegada mi hora, la sombra se deslizará suavemente conmigo al fondo de mi tumba, y nadie sabrá nunca nada.»

—¡Pobre mujercita!—exclamó Maggy.—Continúe usted.

—La princesa quedó muy sorprendida al oír esto...

—Motivo había suficiente—interrumpió Maggy.

—Y por lo tanto—prosiguió la niña Dórrit,—resolvió vigilar á la mujercita para ver cuál sería el desenlace. Todos los días

pasaba en su hermoso coche por delante de la cabaña, viéndolo siempre á la mujercita; pero al fin una mañana no la encontró; y como preguntase dónde estaba, dijéronle que acababa de morir.

—Debieron de llevarla al hospital—interrumpió Maggy,—porque allí la hubieran curado.

—La princesa—continuó la niña Dórrit,—después de llorar un poco, tan poco que no vale la pena hablar de ello, apeóse del coche, en el mismo sitio donde lo hiciera la primera vez, y se dirigió hacia la cabaña para examinar el interior. Como allí no había nadie que pudiese observarla, penetró resueltamente en el sitio donde la mujercita guardaba su imagen como un tesoro precioso; pero inútilmente buscó por todas partes, pues no encontró el menor vestigio de ella; y entonces comprendió que la mujercita no la había engañado al decir que la imagen se deslizaría con ella hasta la tumba.

—Este es el fin de mi cuento—dijo la niña Dórrit, cubriéndose en parte el rostro con la mano, para evitar el reflejo de los últimos rayos del sol poniente.

—¿Y había llegado á ser muy vieja?—preguntó Maggy.

—¿Quién, la mujercita?

—Sí.

—No lo sé; pero esto no alteraría en nada la historia, aunque hubiese vivido cien años.

Maggy comenzó á reflexionar, permaneciendo largo rato con la boca abierta, tanto que la niña Dórrit, á fin de distraerla, levantóse y se asomó á la ventana. En aquel mismo momento, Pancks, que pasaba por el patio, levantó la cabeza y fijó una mirada en la niña Dórrit.

—¿Quién es ese, madre-cita?—preguntó Maggy, que acababa de asomarse también;—le veo entrar y salir muy á menudo.

—Me han asegurado que es uno que dice la buena ventura—replicó la niña Dórrit;—pero dudo que sea capaz de referir la historia presente ó pasada de muchas personas.

—¿No hubiera podido contar la de la princesa?

—No, ni tampoco la de la mujercita—contestó la joven, fijando una triste mirada en el patio de la prisión.

